

La crítica en las revistas literarias en Costa Rica

Flora Ovares

Universidad Nacional, Costa Rica

Como sabemos, la crítica pone en movimiento diferentes conceptos de literatura, dicta los cánones de las letras nacionales y segrega el corpus de lo literario. Pero esta misma actividad puede verse afectada en ocasiones por el proceso de definición de ese universo. La institucionalización de la crítica tiene consecuencias importantes: por un lado, mucha crítica valiosa permanece en el olvido y, por otro, los aportes de los críticos conocidos se convierten en lugares comunes que se siguen repitiendo y “aplicando” a los textos, impidiendo el surgimiento de nuevos significados. Además, es obvio que el desconocimiento de los aportes de la comunidad académica obliga a las nuevas generaciones de estudiosos a transitar un camino ya conocido y atrasa la inserción creativa en esa comunidad.

En esta ocasión me voy a referir a cierta crítica que casi no ha sido considerada en el panorama de las letras costarricenses. Buena parte de ella se halla dispersa en las revistas literarias, cuya lectura ofrece gran cantidad de ejemplos de polémicas y estudios prácticamente desconocidos por los estudiosos. Lo mismo sucede incluso con las revistas especializadas, pese a que su ámbito de circulación está asegurado por las instituciones educativas que las sostienen.

El estudio de crítica en las revistas de principios del siglo xx permite, en primer lugar, revisar una serie de discusiones sobre asuntos que todavía mantienen vigencia en los estudios literarios. Por ejemplo, en *Páginas Ilustradas*, se discute acerca de la función social

del arte y, a propósito de la obra de José María Zeledón, se plantea una oposición que será muy común en la crítica posterior: arte por el arte y arte de compromiso social. Segundo, permite conocer la cercanía entre la discusión crítica en nuestro país y los lineamientos de este quehacer en otras literaturas. En tercer lugar, al leer esos textos, se descubren igualmente los procedimientos de constitución de un modelo y un corpus de la literatura nacional.

Es posible también encontrarse con propuestas centradas fundamentalmente en el análisis de la obra literaria y que reflexionan acerca de los valores poéticos de los textos, o bien, los explican recurriendo al psicologismo, el cientificismo o el simbolismo. Estos ensayos, entre los que están algunos de Ángela Baldares, Justo A. Facio, Roberto Brenes Mesén, Ricardo Fernández Guardia, José Fabio Garnier y otros, destacan el trabajo literario en las obras que analizan, se preocupan por los aspectos formales, los tópicos literarios y el trasfondo ideológico y filosófico. Es decir, tienen méritos que impiden juzgarlos únicamente por sus efectos ideológicos o por la carencia de un aparato metodológico inexistente en la época. Resultan, pues, imprescindibles para el desarrollo de la historiografía literaria.

A modo de ejemplo, está el comentario de Justo A. Facio al libro de Brenes Mesén *Hacia nuevos umbrales* (1913). En esas líneas, Facio decide considerar en primer término la forma, la materia del verso, se aleja de cualquier normativismo nacionalista y descubre la composición y la preeminencia de una sólida contextura interna de corte intelectual en los poemas. El ensayista sigue un sencillo método cuyo mérito, a nuestros ojos, es atender en primer término los aspectos materiales que en sí constituyen la poesía, los cuales trata de presentar como elementos vinculados al pensamiento o contenido.

Recuérdese de ese autor la "Carta literaria", publicada en 1918 en *Athenea*, temprano panorama de las letras nacionales que entrecruza las nociones de género tradicionales, con la idea de un crecimiento de Costa Rica, planteado en términos más biológicos que históricos, bajo la analogía *país/individuo*.

En relación con la crítica aparecida en revistas hacia la mitad del siglo, hay que resaltar el papel de *Brecha*, que circuló entre 1956 y 1962, al cuidado de Adolfo Ortega Díaz y del poeta Arturo Echeverría Loría. En el afán de cohesionar la comunidad cultural costarricense, dio a conocer importantes textos de la historia y la literatura nacionales, así como ensayos históricos, obedeciendo a la intención manifiesta de rescatar autores u obras que se consideraban injustamente amenazados por el olvido. Como parte de este esfuerzo, publicó numerosos ensayos de crítica literaria orientados igualmente a hurgar en el pasado literario del país. Entre otros, aparecen de Alfredo Castro Fernández, "El teatro de José Fabio Garnier", de Cristián Rodríguez, "La mendicidad creadora de Valladares" y de Hernán Zamora Elizondo, "Brenes Mesén y la poesía". O bien, se ofrecen interpretaciones más generales, como la de Alberto Cañas, "Guía de turistas sobre novela costarricense", o de Alfonso Ulloa Zamora, "La mujer en la literatura costarricense". Muchos de estos trabajos deberán ser examinados por quienes deseen revisar el corpus de la literatura costarricense.

Son muy frecuentes también los estudios sobre las vanguardias literarias, que aparecen junto con los comentarios acerca de las artes plásticas, lo que permite proponer interesantes relaciones y debe tenerse en cuenta al escribir la historia de la poesía en esos años.

Los aportes de algunos ensayistas y críticos de *Brecha* van más allá de la literatura costarricense. Así, Moisés Vincenzi y Abelardo Bonilla se interesan en la estética en "Preciosismo y salvajismo literarios", del primero y "La poesía", de Bonilla. La literatura española y europea es otro de los intereses constantes en sus páginas, como puede verse en los trabajos de Bonilla, "Juan Ramón Jiménez", de León Pacheco, "Jules Supervielle o la aventura de la poesía", de Enrique Macaya Lahmann, "Centenario de Flores del mal de Charles Baudelaire".

Entre todos destaca el aporte de León Pacheco, quien entiende la crítica como la recreación artística de la obra comentada, es decir, como una experiencia estética. La comprensión del entorno cultural de las obras, la perspicacia al entender las razones últimas de los aspectos

estilísticos, la sensibilidad con la que se deja cuestionar por el texto y el estilo impecable hacen de la lectura de sus ensayos una experiencia enriquecedora y apasionante.

Un ejemplo es su ensayo "El costarricense en la literatura nacional", aparecido en 1954 en la *Revista de la Universidad de Costa Rica*. Ahí, entre otras atrayentes hipótesis, indica el papel de la generación de 1940 o neorrealista en la ampliación del imaginario al incorporar los litorales al espacio nacional. Esta intuición de un imaginario nacional, que se concibe poco a poco en términos espaciales, aparecerá luego en varios trabajos publicados en los años noventa.

En las revistas de las décadas de 1960 y 1970 encontramos también estudios interesantes, como el de Isaac Felipe Azofeifa, "Literatura, evasión y compromiso en la literatura latinoamericana", publicado en 1976 en *Troquel* o, del mismo autor, "Violencia, angustia y sueño en la poesía de nuestro tiempo", en *Artes y Letras* en 1966. En estas publicaciones y otras como *Pórtico*, *Hipocampo* y *Arte y Literatura*, se encuentran comentarios de José Olivio Jiménez, Alberto Cañas, Jézer González y Stefan Bacciu acerca de diversos asuntos de importancia en las letras nacionales. Además de ofrecer muchas veces hipótesis y líneas de trabajo todavía válidas, estos artículos proponen un determinado concepto de cultura, una idea acerca del papel de la literatura, una opción estética que merecen ser conocidos.

Por último, se encuentra la crítica de las revistas académicas especializadas. En ellas están, por un lado, los artículos dedicados a ejercicios de corte estructuralista y otros que han perdido actualidad. También interesantes investigaciones cuyos resultados han sido aventajados posteriormente. Sin embargo, algunos de esos trabajos resultan orientadores en el análisis de obras costarricenses e hispanoamericanas.

Estudiar y aprovechar esas páginas enriquece sin duda el debate sobre la literatura costarricense con nuevos conocimientos y otros puntos de vista y, a la vez, brinda información acerca de la manera en que estos ensayistas y críticos entendieron la literatura. El contacto con otros enfoques permite tomar distancia respecto al propio trabajo

y favorece una actitud más creativa en relación con los instrumentos metodológicos y más cercana con la comunidad académica precedente.

Y algo importante, con frecuencia, al releer a algunos de estos autores, nos encontraremos con ensayos muy bien escritos, consecuencia de la erudición y el estudio pero también de la experiencia placentera y profunda de la lectura.